

Dr. David A. deSilva , Hebreos, Sesión 10a, Hebreos 1 1:1-12:3: La fe en acción (Parte 1)

© 2024 David deSilva y Ted Hildebrandt

Hebreos 10:39 presenta la fe como un valor clave que debe ser incorporado si uno busca preservar su vida o su alma. El autor parte de este punto para desarrollar cómo se manifiesta la fe en acción, con el fin de brindar más orientación a su congregación sobre la cualidad que, por sobre todas las demás, define sus vidas y guía sus pasos. Los esquemas del argumento de Hebreos a menudo difieren en cuanto al punto de transición del contenido de Hebreos 11 al contenido de Hebreos 12.

Cualquier línea de demarcación que se establezca en este caso será un tanto artificial, sobre todo porque las divisiones entre capítulos se introdujeron siglos después. No obstante, yo sugeriría al menos que no pensemos en Hebreos 11:1 al 40 como el bloque de texto discreto sobre la fe, sino que lo amplíemos a Hebreos 12 versículo 3, aunque admitamos que Hebreos 12:1 al 3 también proporciona una transición fluida hacia lo que sigue. El punto, sin embargo, es que Hebreos 12:1 al 3 es el clímax de la serie de ejemplos de fe en acción porque ahí es donde encontramos el ejemplo de Jesús, a quien el autor llama el pionero y consumidor de la fe, en cuyo ejemplo vemos cristalizados muchos elementos de los ejemplos de fe que se encuentran a lo largo del capítulo 11.

Hebreos 12:1 al 3 también proporciona una fuerte exhortación final al material del capítulo 11. Hebreos 11:1 al 12:3 es esencialmente una lista de ejemplos, y se parece significativamente a otras listas de ejemplos antiguas, especialmente aquellas compuestas en el contexto de tratar de persuadir a los oyentes a imitar los tipos de comportamientos o prácticas que se ven en estos ejemplos o evitar los vicios y errores que se ven en las personas que pueblan estas listas de ejemplos. Si tuviéramos que recurrir, para comparar, al libro de Séneca Sobre los beneficios, donde en los libros 3 y 5 encontraríamos dos listas de ejemplos de este tipo que se parecen a la lista de ejemplos en Hebreos 11:1 al 12:3, encontraríamos a Séneca usando el recurso llamado anáfora como un medio para estructurar esa lista.

La anáfora es una figura retórica en la que un autor o un orador comienza repetidamente oraciones con la misma palabra o frase, marcando cada nuevo paso en el discurso. En Hebreos, esta es la frase, por la fe, o en griego la palabra única, *piste*, que aparece más de una docena de veces en el transcurso de 11:1 a 12:3. Las listas de ejemplos de Séneca también tienen declaraciones resumidas cerca de sus conclusiones, declaraciones sobre el hecho de que hay innumerables otros que podrían nombrarse, pero me quedaría sin tiempo si tratara de nombrarlos. El autor de Hebreos usa este mismo recurso al comienzo del versículo 32 de 11, donde dice:

Me faltaría tiempo para contar una gran cantidad de otros ejemplos de fe, a los que luego hace una breve referencia.

Además, en las listas de ejemplos de Séneca se encuentran exhortaciones finales a imitar los ejemplos positivos, lo mismo que caracteriza a Hebreos 12:1 al 3. Teniendo una nube tan grande de testigos que nos rodea, corramos también nosotros la carrera. El llamado capítulo de la fe de Hebreos, entonces, se propone demostrar lo dignos de alabanza de los ejemplos de fe. El hecho de que Noé, Abraham y Moisés, por ejemplo, hayan sido recordados durante todos estos siglos prueba a la audiencia que el camino de la fe es, de hecho, el camino para recibir el testimonio de carácter de Dios de que la vida de una persona ha sido vivida honorablemente y ha alcanzado un recuerdo digno de alabanza.

Esto es particularmente importante, considerando las formas en que la unión a la comunidad de fe ha destruido el honor del oyente y las posibilidades de un recuerdo digno de alabanza entre sus vecinos. Las personas que se presentan como ejemplos en 11:1 a 12:3 también describen cómo se ve la fe en acción. Varios, sobre todo Abraham, Moisés, los mártires y Jesús, parecen resonar directamente con la propia experiencia pasada y las decisiones de la audiencia en el capítulo 10, versículos 32 a 34.

Es decir, el autor ha seleccionado y dado forma a sus ejemplos de fe para abordar la situación específica de sus oyentes y para apoyar su exhortación a seguir adelante frente al reproche, la vergüenza, la pérdida y la hostilidad. Esta es una letanía de aquellas personas que, mediante la fe y la paciencia, heredaron las promesas como el autor prefiguró en Hebreos 6 versículo 12, completando así el cuadro del modelo que el autor ha presentado para que el destinatario lo imite. Podemos hacer algunas observaciones generales sobre cómo el autor de Hebreos describe la fe en esta sección antes de entrar en los detalles del texto.

En primer lugar, las personas que demuestran confianza o fe esperan con ansia la recompensa de Dios y el cumplimiento de sus promesas y advertencias. En segundo lugar, orientan su vida en este mundo basándose únicamente en su conocimiento del futuro de Dios. En tercer lugar, toman sus decisiones en función del camino que les resulte más conveniente para alcanzar los beneficios prometidos por Dios, incluso si ese curso de acción significa la pérdida de su estatus temporal, de su patria, de su honor, de su riqueza e incluso de su vida misma.

Ninguna dificultad les impide seguir la meta que Dios les ha marcado. Ya sea que el camino de la lealtad y la obediencia a Dios les traiga fama o descrédito, liberación o tormento, ese es el camino que siguen en esta vida. Consideran este mundo como la tierra en la que peregrinan, y siempre miran hacia la ciudad y la patria que Dios ha preparado para su pueblo, el reino inquebrantable, la ciudad con cimientos que no pueden ser sacudidos.

Viven aquí de manera constante para no poner en peligro su acogida. El autor inicia su elogio de la fe con una definición de lo que es la fe. La fe es la certeza de lo que se espera, la prueba de lo que no se ve.

Por medio de esto, los ancianos recibieron el testimonio. El autor no intenta aquí una definición exhaustiva, sino una definición que centre a los oyentes en los elementos de la confianza o la fe, que son centrales en la exhortación del autor. Como punto de partida, destaca la orientación de la persona fiel hacia las cosas esperadas e invisibles, aspectos de vivir por fe que surgen repetidamente en los ejemplos de fe que siguen.

En la primera mitad de la definición, el autor utiliza la palabra griega hipóstasis. La fe o pistis, confianza, es la hipóstasis de las cosas que se esperan. En el lenguaje filosófico, la palabra hipóstasis puede significar la sustancia o la esencia subyacente de algo.

Hebreos 1:3 refleja algo de este sentido, llamando a Jesús el reflejo de la hipóstasis de Dios, el ser mismo de Dios, el carácter y la sustancia esenciales de Dios. Sin embargo, en el lenguaje jurídico o comercial cotidiano, hipóstasis también podría designar un título de propiedad o una garantía, como lo atestiguan numerosos papiros y textos clásicos. Si se escucha en este sentido, la definición de fe en 11.1 también habla directamente de la pérdida de propiedad de los creyentes a causa de su lealtad a Cristo y al grupo cristiano al que se hace referencia en 10.34. Ambos sentidos de hipóstasis subrayan la impresión de que la definición no es subjetiva, tratando de explicar cómo se siente la fe, por ejemplo, una sensación de seguridad de las cosas que se esperan, ni de una convicción mental de que la fe produce, por ejemplo, una convicción firme acerca de las cosas que no se ven.

Más bien, la definición busca revelar qué es la confianza o la fe en sí y, por lo tanto, el significado de tener fe o confiar. Quienes confían tienen en su posesión, en efecto, el título de propiedad de lo que la persona en quien confían les proporcionará. Ya tienen la esencia subyacente del bien futuro que esperan.

La definición está calculada para motivar a los oyentes a aferrarse a su confianza en las promesas de Dios en lugar de perderlo todo por desconfianza, como lo hizo la generación del desierto. En la segunda mitad de esta definición de fe, el autor usa la palabra elenchos. La fe es el elenchos de las cosas que no se ven.

Esta palabra significa un hecho irrefutable o necesario. Es un dato que no puede ser revocado por la oposición y que establece el caso de uno en el tribunal de justicia o en la cámara del consejo. Dado que pistis, la palabra que normalmente traducimos como fe o confianza también tenía el significado de prueba en los tribunales de

justicia, la segunda mitad de la definición tendría un significado natural también en el contexto de esta argumentación.

La prueba es la constatación más allá de toda duda de cosas que ningún miembro del jurado vio en realidad, pero sobre las cuales ahora deben emitir un veredicto, o la constatación más allá de toda duda de cosas que el público en la sala del consejo aún no ha visto, pero que debe planificar de antemano. En esta definición, encontramos una especie de relación recíproca entre la confianza y estas realidades aún no vistas. Sin confianza, esta última nunca se materializa, mientras que mediante la confianza, la realidad de estos bienes aún no vistos se demuestra aquí y ahora.

También se está construyendo aquí una cierta relación entre la fe en el capítulo 11 , versículo 1, y la discusión del autor sobre la esperanza en el capítulo 6, versículos 19 y 20. La fe aquí es el título de propiedad de la herencia eterna. En el capítulo 6, versículos 19 y 20, la esperanza es el vínculo que nos une al puerto eterno.

De esta manera, tanto la fe como la esperanza orientan a los oyentes a aferrarse a lo que ahora tienen en Cristo y a su relación con Cristo como la primera parte, o el anticipo, si se quiere, de lo que está garantizado que vendrá si se aferran a lo que ahora está a su alcance, es decir, la fe y la esperanza. La confianza o la fe es el comienzo de algo en lo que la posesión y el disfrute plenos son el fin. En Hebreos 3.14, el autor dijo que los creyentes siguen siendo, cito, socios de Cristo si mantenemos firme hasta el final la primera cuota de la hipóstasis.

La primera parte de la esencia de estos bienes prometidos es firme hasta el fin. Lo que el autor quiso decir en 3:14 se refuerza ahora y se aclara un poco con esta definición de confianza. Si poseemos fe y mostramos confianza en Dios, tenemos el título de propiedad y la esencia de aquello que esperamos.

Debido a que Dios es completamente confiable, Él cumplirá con lo que ha prometido. Si tenemos esperanza, ya estamos anclados y amarrados en ese reino permanente al que aún esperamos entrar. En el segundo versículo de este capítulo, el autor rápidamente continúa con su definición de fe con una afirmación de que la fe es la manera de obtener la certificación, marturia , porque por esto, por la fe, los ancianos recibieron la certificación o aprobación.

El estudio de Frederick Donker sobre las inscripciones a los benefactores revela el uso frecuente de marturia y del grupo de palabras que se creó en torno a marturia para expresar el respaldo de las autoridades romanas a una persona a quien una asamblea local deseaba honrar. Representaba la afirmación de la autoridad de que el candidato era realmente digno de recibir honores y era políticamente confiable. Las formas del verbo marturia aparecen aquí en el capítulo 11 en los versículos 2, 4, 6 y nuevamente en el 39.

Esta recurrencia sugiere que el autor desea mucho enfatizar que la perseverancia en la fe resultará en un reconocimiento similar de los destinatarios ante el tribunal de Dios, un testimonio de su valor y una concesión de honor eterno. En Hebreos 11, versículos 3 al 7, el autor menciona varios ejemplos de fe demostrada con respecto a asuntos anteriores al diluvio o personas que vivieron antes del diluvio. Así, en el versículo 3, escribe: “Por la confianza, consideramos que las eras han sido establecidas por la Palabra de Dios, de modo que lo que es visible llegó a existir a partir de cosas que no están disponibles para la experiencia sensorial”.

Hebreos 11:3 afirma la dependencia última de lo visible respecto de lo invisible y, por lo tanto, la superioridad y la supremacía del reino invisible. El reino visible es contingente y, por lo tanto, menos valioso y duradero que el reino invisible. Este versículo también puede servir para hacer de la creación visible una especie de prueba del reino invisible del cual surgió.

La lógica sería que la causa también debe existir si existe el efecto. Esto es parte del intento constante del autor de motivar a los destinatarios a seguir depositando su esperanza y buscando su hogar en ese reino permanente, duradero y último más allá de la realidad visible. Este reino invisible será el foco principal de muchos ejemplos de fe a lo largo de este capítulo.

La fe toma en consideración las realidades invisibles y futuras a medida que traza su curso de acción. Este tema aparecerá aquí en los versículos 3, 7, 10, 15, 20, 22, 26 y 27, y finalmente en el versículo 35. Los héroes de la fe hacen las evaluaciones y elecciones adecuadas solo porque son capaces de ver más allá del mundo visible, material y sensorial.

En el versículo 4, el autor presenta el ejemplo de Abel como un ejemplo de fe. Por la fe, Abel ofreció un sacrificio mayor que el de Caín, por lo que se le dio testimonio de su rectitud, y Dios dio testimonio junto con sus ofrendas, y por medio de esto, aunque estaba muerto, todavía habla. Hubo una buena cantidad de especulaciones durante el período del segundo templo sobre qué hizo que el sacrificio de Abel fuera mejor que el de Caín a los ojos de Dios.

Esto lo encontramos ya en la traducción de la Septuaginta del Génesis hebreo, donde el traductor de la Septuaginta intercala una especie de explicación de por qué la ofrenda de Caín fue rechazada. Leemos allí que si tú, Caín, la hubieras ofrecido correctamente, pero no la hubieras dividido correctamente, no habrías estado pecando, ¿no es cierto? La especulación sobre la relación entre las cualidades morales de Abel y Caín y la aceptabilidad de sus respectivas ofrendas también está bien atestiguada. Por ejemplo, en las Antigüedades de Josefo, cuando escribe su extensa paráfrasis sobre los capítulos iniciales del Génesis.

Para el autor de Hebreos, es la presencia de la confianza o fe lo que hace que el sacrificio de Abel sea mayor que el de Caín, lo que también lleva a Abel a disfrutar de esa realidad que confía en que Dios le proveerá, es decir, la vida después de la muerte. El Génesis en sí no llama a Abel justo o recto, pero *dikaioi*, la palabra griega *dikaioi*, se convierte en un epíteto común para Abel y una descripción frecuente de su estilo de vida a lo largo del período del segundo templo y su literatura. El autor comparte esta tradición de atribuir justicia o rectitud a Abel.

En Génesis 4, leemos que la sangre de Abel clama a Dios desde la tierra. Esta es una especie de versión bíblica del dicho “el asesinato saldrá a la luz”, más que una sugerencia de que Abel siguió existiendo después de que Caín lo matara. Sin embargo, el autor de Hebreos interpreta esto como una señal de que Abel, aunque muerto, sigue viviendo más allá de la muerte y tiene la capacidad de hablar.

Abel se convierte en el primer ejemplo de alguien que, por la fe, vive más allá de la tumba, así como todos los que confían en Dios vivirán. Tanto el ejemplo de Abel como el de Enoc, que lo seguirán a continuación, subrayan que vivir por fe conduce a la trascendencia de la muerte, un tema que resonará en el resto de este elogio. En los versículos 5 y 6, el autor avanza en el tiempo hasta el ejemplo de Enoc cuando escribe: Por la fe, Enoc fue trasladado para no ver la muerte, y no fue encontrado porque Dios lo trasladó.

En efecto, antes de la traslación, se había dado testimonio de que agradaba a Dios, y sin fe es imposible agradar a Dios, pues es necesario que el que se acerca a Dios confíe en que Dios existe y que Dios se hace galardonador de quienes lo buscan. En el texto hebreo de Génesis 5, versículos 22 y 24, obtenemos un poco de información sobre la esquiiva figura de Enoc. Allí leemos que Enoc caminó con Dios después del nacimiento de Matusalén hace 300 años.

Enoc caminó con Dios, pero ya no estaba allí porque Dios se lo había llevado. Una vez más, la traducción de la Septuaginta interviene en el proceso interpretativo entre la composición original del Génesis y el autor de la interpretación hebrea de ese relato. La versión de la Septuaginta traduce caminó con Dios en hebreo como agradó a Dios, y así en la versión de la Septuaginta, después de agradar a Dios durante 300 años, Enoc ya no fue encontrado porque Dios lo trasladó.

Al igual que en el caso de Abel, el autor de Hebreos introduce ahora en la historia de Enoc la cualidad de la fe, que es la que nos lleva a disfrutar de la vida más allá de la muerte y de este reino visible, tal como se dice que disfrutó Enoc. Siguiendo la tradición de la Septuaginta, el autor de Hebreos habla de que Enoc agradó a Dios.

Las formas de esta palabra seguirán resonando a medida que continúa la exhortación. La encontraremos nuevamente en 12:28 y luego en 13 versículos 16 y

21. El autor promueve agradar a Dios como un valor primordial para el creyente, que trae la recompensa de pasar de la muerte a la vida.

Esto se ajusta bien a su estrategia de separar a los cristianos de la opinión y aprobación de los forasteros, lo que los alejaría de los apegos al grupo, centrándolos en cambio más completamente en la aprobación de Dios, que los lleva a comportamientos que sostienen al grupo y ponen en práctica los valores del grupo cristiano. En 116, el autor intercala un breve comentario sobre su retrato del ejemplo de Enoc, respondiendo a la pregunta, ¿qué es necesario para agradar a Dios? El autor identifica la confianza en que Dios existe y la confianza en que Dios se convierte en un recompensador de aquellos que lo buscan como un requisito previo para agradar a Dios. El autor aquí refleja en gran medida un contexto de patrón-cliente para entender la confianza o la fe, mirando y contando con Dios como alguien cuyo favor vale la pena buscar y cuyo favor, cuando se concede, se puede contar con que será entregado.

En el versículo 7, el autor pasa a su último ejemplo anterior al diluvio. Por la fe, Noé, al ser advertido acerca de acontecimientos que aún no se veían y responder con reverencia, preparó un arca para la salvación de su familia, por medio de la cual condenó al mundo y se convirtió en heredero de la justicia que viene con la confianza. Noé es presentado en Génesis 6-9, especialmente en la versión de la Septuaginta, como justo, dikaios y agradable a Dios.

De nuevo, usando esa palabra relativamente poco común, ser agradable a, eiou El autor se refiere, por supuesto, a la advertencia sobre la llegada del diluvio y a la obediencia reverente de Noé al construir un arca que en ese momento estaba completamente varada en el dique seco. Noé, advertido por Dios sobre algunos acontecimientos futuros que no estaban al alcance de sus sentidos ni de sus experiencias, confió en la palabra de Dios y actuó en consecuencia.

Debido a que trazó su curso a la luz de esas realidades futuras invisibles, él y toda su familia obtuvieron seguridad y salvación. El autor quiere que su congregación vea su situación como análoga a la de Noé. Se acerca otro día de juicio, el día del juicio final y la sacudida escatológica y cataclísmica de los elementos que removerá los cielos y la tierra visibles.

Por lo tanto, deben, como Noé, centrarse en cómo prepararse para discernir lo que es verdaderamente conveniente en la situación actual. Al igual que Noé, están llamados a hacer lo que sus vecinos podrían considerar una tontería en el tiempo presente porque aún no se ha revelado lo que el futuro día del juicio mostrará que fue el curso de acción más sabio. En Hebreos 11 versículo 8, el autor llega a Abraham como un ejemplo de fe.

Este es el primer ejemplo desarrollado sustancialmente en este elogio, que, por lo tanto, exige una atención especial de los oyentes. La historia de Abraham está especialmente diseñada para enfatizar, en primer lugar, la postura de la persona de fe con respecto a las estructuras sociales de este mundo y, en segundo lugar, la cualidad de confianza orientada hacia el futuro. Y así leemos que, por la fe, Abraham, siendo llamado a salir a un lugar que estaba a punto de recibir como herencia, obedeció y salió, aunque no sabía a dónde iba.

Por la fe habitó como extranjero en la tierra prometida como si fuera una tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa, porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo artífice y constructor es Dios. El autor no enfatiza aquí la confianza de Abraham en el cumplimiento por parte de Dios de la promesa de una descendencia como el eje central de su fe, como lo haría Pablo en Gálatas 3 o Romanos 4. Más bien, el autor se centra en la disposición de Abraham a dejar atrás su tierra natal en obediencia al llamado de Dios.

Las personas de fe abandonan voluntariamente su cómodo arraigo en su tierra natal para seguir el llamado y la promesa de Dios, aceptando la condición de extranjeros en cualquier lugar de la tierra. El autor presenta la decisión deliberada de Abraham de aceptar la pérdida de su condición y la exposición al deshonor y al peligro, ya que los peregrinos disfrutaban de muchas menos protecciones en el mundo antiguo. Y Abraham, por supuesto, hace todo esto por el bien de la obediencia al llamado de Dios.

El público encontraría que la disposición del patriarca a aceptar un estatus inferior a los ojos del mundo es inmediatamente relevante para su propia situación. Ellos también, como Abraham, tuvieron que dejar atrás, en cierto sentido, su tierra natal. Puede que no se hayan alejado físicamente de su tierra natal como lo hizo Abraham, pero se han alejado socialmente de un lugar en el que se sentían como en casa.

Así, pues, encuentran en Abraham un ejemplo adecuado de lo que ellos mismos han hecho, al aceptar, por la fe, un estatus inferior a los ojos del mundo con la esperanza de un mayor honor en la ciudad eterna de Dios. Según el autor, Abraham no estaba considerando en última instancia Canaán, la tradicional tierra prometida, como su herencia. Ésa era para él la importancia de que Abraham viviera en tiendas, incluso después de entrar en Canaán, y proclamara incluso durante ese tiempo que todavía era un peregrino y un extraño.

Durante todo el tiempo que permaneció en Canaán, afirma el autor, Abraham siguió buscando una patria mejor, entendiendo que la patria celestial, la ciudad con fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios, era el verdadero objeto de la promesa de Dios a él y a sus descendientes. El autor entiende la promesa de Dios a Abraham, en última instancia, como la promesa del descanso celestial al que también los cristianos deben esforzarse por entrar. Los destinatarios son, por tanto,

coherederos de la misma promesa, un punto que el autor hará explícito en los dos versículos finales del capítulo 11.

A medida que el autor continúa desarrollando el ejemplo de Abraham, llega al aspecto más conocido de Abraham y Sara, que engendraron herederos mucho después de la edad de procrear. Por la fe, siendo Sara misma estéril, recibió poder para procrear, y mucho más allá de la edad de procrear, ya que consideró confiable a Aquel que había prometido. Por lo tanto, de una persona fueron engendrados, y estos de un hombre muerto, descendientes tan numerosos como las estrellas del cielo y como la arena innumerable a la orilla del mar.

El autor introduce aquí la faceta de la fe de Abraham, que resultará más familiar para un auditorio paulino, a saber, el poder de Abraham para engendrar hijos a pesar de la esterilidad de Sara y de su propia edad avanzada, porque Abraham consideró confiable a Aquel que había prometido. La expresión poder para engendrar se suele atestiguar como una referencia específica a la contribución masculina a la concepción. Por tanto, Abraham sigue siendo el tema principal.

El autor recuerda también aquí lo que había dicho recientemente en el capítulo 10 , versículo 23, donde había exhortado a los oyentes a aferrarse a la confesión de su esperanza por la misma razón, porque el que prometió es confiable. En esta parte del ejemplo de Abraham, el autor afirma que la vida, en forma de incontable descendencia, vino de alguien que había muerto. La tendencia a traducir este versículo como algo más parecido a alguien que estaba casi muerto es un paso atrás con respecto al lenguaje austero del griego, en el que Abraham es descrito simplemente como alguien que había llegado a estar muerto o sin vida, elevando así el poder de Dios para traer vida de entre los muertos.

El surgimiento de generaciones a partir de la muerte de las partes procreativas de Abraham hace eco de los ejemplos anteriores de Abel y Enoc, que trascendieron la muerte, y se repetirá en los versículos 19 y 35 a medida que este elogio continúa. Este énfasis apoya el objetivo del autor de motivar a los oyentes a mirar más allá de sus circunstancias presentes, incluso más allá de esta vida misma, en busca de la recompensa que Dios ha prometido. Ni siquiera la muerte es suficiente para impedir que Dios entregue sus beneficios prometidos a quienes confían en él.

En este punto de su elogio, el autor añade un comentario sobre los ejemplos de Abraham y los patriarcas, que en esencia están en la misma situación que Abraham, es decir, Isaac, Jacob y los hijos de Jacob, que siguen viviendo como peregrinos en una tierra que no es la suya. Como comentario, estos versículos son especialmente importantes para discernir los objetivos del autor con su lista de ejemplos. Esto es lo que no quiere que pasen por alto los oyentes.

Todos ellos murieron confiados, sin haber recibido los bienes prometidos, sino viéndolos y saludándolos desde lejos, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Porque quienes dicen esto manifiestan que buscan una patria, y si tuvieran presente aquella de donde salieron, habrían tenido oportunidad de volver; pero ahora aspiran a una patria mejor, es decir, la celestial.

Por eso, Dios no se avergüenza de llamarlos su Dios, pues les ha preparado una ciudad. La confesión que estos patriarcas hicieron, tanto con sus labios como con sus vidas, es especialmente importante para el autor, a saber, que eran extranjeros y peregrinos en la tierra. Esta confesión es una amalgama de Génesis 23, versículo 4, y Génesis 24, versículo 37.

Así, el autor se remite al discurso de los patriarcas, en el que en el primer pasaje leemos: "Soy extranjero y residente entre vosotros", y en el segundo: "vivo como extranjero en su tierra". El autor entiende que "en su tierra" significa "sobre la tierra", en contraste con "la patria celestial", que es el interés principal del autor. Es especialmente importante para el autor que los patriarcas no regresaran a la patria y a la ciudadanía que habían dejado atrás cuando aceptaron la llamada de Dios y partieron confiados.

Más bien, persistieron en soportar el estatus inferior de extranjeros y residentes extranjeros, y lo mantuvieron hasta la muerte, en lugar de desistir de su búsqueda de la patria que Dios les proporcionaría y tratar de recuperar su lugar en su tierra natal. Filón de Alejandría, ese exégeta judío del primer siglo, muestra un énfasis similar en su tratamiento de Abraham. Para ambos autores, Abraham se convierte en un ejemplo de perseverancia y compromiso para alcanzar el fin que Dios promete.

Por supuesto, esto tiene una relevancia inmediata para los destinatarios de los hebreos que han sufrido dislocación y desplazamiento social, algunos de los cuales ya han comenzado a separarse del grupo cristiano que camina hacia las promesas de Dios y a volverse hacia el seno de la sociedad. Ya no podían soportar vivir en el estatus inferior y el nivel inferior de aceptación social al que los había llevado su compromiso con Cristo. El autor espera aquí reforzar el compromiso de los demás destinatarios para que hagan como Abraham y los patriarcas, perseverando en el viaje desde su tierra natal en este breve cosmos material hacia la patria eterna que Dios les ha preparado.

¿Por qué un país celestial es también un país mejor? Debido a la confianza de los patriarcas en las promesas de Dios y a su sabia evaluación de qué curso de acción es en última instancia conveniente, han reconocido lo que el autor espera que sus destinatarios reconozcan: lo que pertenece al reino de Dios es eterno. Por lo tanto, los bienes que se pueden disfrutar allí valen infinitamente más que los bienes que se pueden disfrutar en el país terrenal y en las ciudades terrenales en las que viven los cristianos. Debido a la sabiduría de los patriarcas, una sabiduría que el autor espera

que sus destinatarios sigan emulando, Dios no se avergüenza de que ellos sean llamados su Dios.

Aquí, el autor se refiere a la identificación que Dios hace de sí mismo como el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Este es el testimonio que Dios da a los patriarcas como personas dignas de ser identificadas estrechamente con el propio nombre de Dios. Podríamos comparar esto con una declaración anterior en Hebreos 2 versículo 11, donde también se le dice a Jesús que no se avergüence de llamar a los creyentes sus hermanas y hermanos.

Los que confían en Dios y perciben el valor incomparable de las promesas de Dios reciben un testimonio divino de su honor a través de la asociación abierta de Dios o de Cristo con ellos, una asociación que finalmente conducirá a la persona que confía a la llegada a la meta divinamente señalada, porque Dios ha preparado una ciudad para ellos. Al igual que Abraham, los destinatarios dejaron atrás su tierra natal y su estatus en su ciudad natal para seguir el llamado de Dios y alcanzar los beneficios prometidos por Dios. Si bien no se mudaron físicamente, al menos se vieron socialmente apartados a través de su experiencia de degradación abierta.

Los patriarcas rechazaron la opción de regresar a su tierra natal, es decir, a la libertad y a la protección contra la deshonra y el peligro que ello conlleva. Tan concentrados estaban sus corazones en la promesa de Dios y tan firmes eran en su confianza en la fiabilidad de Dios para cumplir lo que Él prometía, que prefirieron una vida de privación de sus derechos aquí a fin de perseverar en la búsqueda de una mejor patria celestial. Por eso, el autor insta a los destinatarios a imitar su ejemplo y a preferir el premio prometido por Dios a la apostasía que proporcionaría la ruta más segura para regresar al favor y al estatus dentro de la sociedad incrédula.

El rechazo a la sensación de estar en casa en el mundo manifiesta su lealtad a Dios y su compromiso con el llamado de Dios. El resto del espacio en este elogio de la fe que el autor dedica a Abraham y a los patriarcas se centra en la confianza que se manifiesta, en primer lugar, en la convicción de que las promesas de Dios son más poderosas que la muerte y, en segundo lugar, en la voluntad de mirar incluso más allá de la muerte hacia el cumplimiento de esas promesas. Por la fe, Abraham, al ser probado, ofreció a Isaac, y el que había recibido las promesas estaba a punto de ofrecer a su único hijo, de quien se dijo: De Isaac será llamada tu descendencia, considerando que Dios era poderoso para resucitar incluso de entre los muertos.

De donde, en sentido figurado, lo recibió de nuevo. Según el predicador, el hecho de que Abraham atara a Isaac fue un acto de confianza en la incapacidad de la muerte para frustrar la determinación de Dios de cumplir sus promesas. En este sentido, este episodio se suma a los episodios de Abel, Enoc y la capacidad de Abraham de engendrar hijos como prueba histórica de que la fe mira hacia la capacidad de Dios de trascender la muerte para hacer realidad lo que Dios ha prometido.

Este episodio es, por supuesto, un hito en la historia de Abraham. La naturaleza del episodio como una prueba para Abraham se destaca en Génesis capítulo 22, versículo 1, como lo es la pronta obediencia de Abraham, que hizo de Abraham la señal suprema de fidelidad hacia Dios en toda la literatura del período del Segundo Templo. Al reflexionar el predicador sobre la historia de Génesis 22, llega a creer que Abraham pudo seguir adelante y ofrecer a su hijo Isaac como sacrificio porque Abraham confiaba en el poder de Dios para resucitar a Isaac, incluso de entre los muertos, y así cumplir la promesa de descendencia a través de Isaac.

La historia, por lo tanto, se convierte en evidencia de la confianza de Abraham en la irrevocabilidad de la promesa de Dios, más que una historia sobre la disposición de Abraham a sacrificar la promesa debido a su obediencia a Dios. A este episodio le siguen tres ejemplos muy breves que involucran la transmisión de la bendición a través de las generaciones, así como la orientación hacia el futuro de la persona que muestra fe o confianza. Por la fe, Isaac bendijo a Jacob y a Esaú, incluso en lo que respecta a cosas que aún estaban por venir.

Por la fe, Jacob, al morir, bendijo a cada uno de los hijos de José y los adoró sobre la punta de su cayado. Por la fe, José, al morir, consideró en su mente la salida de los hijos de Israel y dio órdenes acerca de sus huesos. La breve referencia a Jacob adorando sobre la punta de su cayado es otro lugar en el que el autor de Hebreos muestra su familiaridad con el griego o la traducción de la Septuaginta del Génesis.

En el texto hebreo de Génesis 47:31, leemos que Jacob se inclinó a la cabecera de su cama. La traducción de la Septuaginta de esto es que Jacob se inclinó o adoró a la cabecera de su bastón. Esto es simplemente el resultado de introducir diferentes vocales sobre las letras de la palabra hebrea para cama.

Pero esto debe ser muy relevante para el autor de Hebreos, ya que es lo único que el autor de Hebreos destaca de toda la historia de Jacob. Esta imagen de Jacob, el perpetuo peregrino, adorando a Dios a la cabeza de su cayado, su cayado de peregrino, significa la persistencia de Jacob en abrazar su identidad y reafirmar su esperanza como peregrino y peregrino hasta el final de su vida. La breve referencia a José muestra cuán selectivo e intencional es el autor al dar forma a este elogio.

No hay nada aquí sobre aquellas cosas por las que José es más conocido: su resistencia a la tentación, su perseverancia a través de las dificultades y su perdón a sus hermanos. Tenemos solamente la mención de José en su lecho de muerte, ya que esto permite al autor continuar destacando lo que es más relevante para su retrato de la fe en acción.

Incluso en el umbral de la muerte, José siguió orientándose con esperanza hacia el cumplimiento de la promesa de Dios, siendo el éxodo de Egipto el siguiente paso

hacia ese cumplimiento. José está tan seguro de las acciones futuras de Dios que da instrucciones específicas sobre el lugar de descanso final de sus huesos. De esta manera, José contribuye a que el autor enfatice que la persona de fe es un peregrino.

José todavía entiende, incluso desde su posición elevada en el reino de Egipto, que él y toda su familia todavía viven simplemente en un lugar de peregrinación y no tienen un hogar permanente en Egipto. Esta es la postura de fe, resistir la tentación de ver el lugar donde uno está como su hogar, como un lugar donde finalmente establecerse y mezclarse. Incluso en el exuberante Egipto, José busca una patria celestial mejor.

La segunda figura que merece una atención detallada en este elogio de la fe es Moisés. Por la fe, Moisés, después de nacer, fue escondido por sus padres durante tres meses porque vieron que el niño era un don y no temieron el edicto del rey. Por la fe, Moisés, ya adulto, rehusó ser llamado hijo de la hija de Faraón, escogiendo el maltrato junto con el pueblo de Dios antes que el placer temporal del pecado, porque estimaba que el oprobio de Cristo era de mayor valor que los tesoros de Egipto, pues tenía puesta la mirada en la recompensa.

Por la fe, abandonó Egipto sin temer la ira del rey, pues perseveró como quien ve lo invisible. Como en el caso de Abraham y los patriarcas, el autor adapta su descripción de la fe de Moisés a las necesidades de la situación de los destinatarios. La fama de Moisés como dador de la ley y mediador de la alianza no se menciona en ningún momento.

Lo que resulta central en la descripción que hace el autor de la fe de Moisés es su renuncia a un lugar de honor a los ojos del mundo y su elección de la solidaridad con el pueblo de Dios, incluso si tal asociación supuso una pérdida radical de estatus mundano y de potencial de progreso. La primera actuación de Moisés es su negativa a ser llamado hijo de una hija del faraón. Según Filón y Josefo, dos contemporáneos cercanos del autor de Hebreos, Moisés era miembro de la familia real de Egipto después de su adopción, e incluso se lo consideraba el heredero del trono de Egipto.

Por lo menos, Moisés ocupaba un lugar de estatus y honor excepcionalmente elevados. Con el Faraón como cabeza de su familia, su patrón y su benefactor, Moisés tenía el poder y el estatus de gobernante de un gran reino y acceso a los tesoros de Egipto. Pero Moisés renunció a ese destino, un destino que le correspondía por ser miembro de la cultura dominante incrédula, su herencia terrenal, en favor de una nueva herencia espiritual que provenía de pertenecer al pueblo de Dios.

Dejó atrás los honores de la realeza egipcia para unirse como esclavo a un pueblo de la más baja condición y sujeto a insultos y ultrajes físicos expresados aquí en la palabra maltrato. La elección que enfrenta Moisés, disfrutar del placer temporal del

pecado o elegir el maltrato junto con el pueblo de Dios, resuena con las decisiones que la audiencia del predicador ha tenido que tomar en el pasado, como el predicador describe en el capítulo 10, versículos 33 y 34. Las elecciones que hizo Moisés también se presentarán para su imitación en la situación actual de la comunidad en el capítulo 13, versículo 3, es decir, continuar mostrando solidaridad con aquellos que están en prisión y aquellos que sufren maltrato como si estuvieran en el cuerpo con ellos.

El ejemplo de Moisés es, pues, muy importante para la exhortación del autor a esta comunidad en particular. Sin embargo, el placer de la corte egipcia se califica con dos términos que sugieren su falta de valor. Es temporal, no permanente, por lo que la herencia de los fieles es duradera y, por lo tanto, tiene mayor valor incluso que el disfrute de los tesoros de Egipto.

También se califica como pecado, como aquello que nos separa de Dios y nos pone en un lugar donde nos encontramos bajo el juicio de Dios. En este pasaje, el pecado se presenta nuevamente de una manera que sugiere que el autor está más interesado en el pecado como lo que sucede cuando se rechaza o se interrumpe la comunión con el pueblo de Dios a causa de la tentación de buscar un lugar o placer en la sociedad de los incrédulos. El pecado ocurre cuando uno valora el valor de la amistad de Dios menos que la amistad del mundo, cuando uno abandona el maltrato hacia el pueblo de Dios por causa del honor, como los enemigos de Cristo definen el honor y lo otorgan.

La elección de Moisés está motivada por su evaluación del valor respectivo de los tesoros de Cristo y del oprobio de Cristo. Con la mirada fija en la recompensa, encontró que este último, el oprobio del ungido de Dios, constituía un tesoro mayor. La fe hace que uno evalúe las realidades mundanas a la luz de las realidades eternas, de modo que incluso el oprobio y el deshonor ante el tribunal del mundo, soportados a causa de caminar en obediencia a Dios, pueden transformarse en el camino hacia el honor ante el tribunal de Dios y ser valorados en sí mismos como poseedores de mayor valor que los tesoros mundanos.

En Hebreos 13, versículo 3, los destinatarios también serán llamados a soportar el vituperio de Cristo en sus propias circunstancias. El ejemplo de Moisés ha sido adaptado a las necesidades pastorales de la audiencia con el fin de que sirva como modelo para su propia puesta en práctica de la fe. Y esta adaptación puede haber llevado al autor a retratar a Moisés, en una especie de artificio literario, como haciendo la misma evaluación que los destinatarios deben hacer en cuanto a que el vituperio de Cristo es de mayor valor que el placer temporal del pecado.

Al igual que sus padres, Moisés también muestra una falta de temor a la ira del rey y muestra su falta de consideración por aquellos que tienen poder sobre la vida y la muerte al dejar atrás Egipto. En Hebreos 11 versículo 27, hay un debate aquí en

cuanto a qué salida de Egipto tiene en mente el autor. ¿Es la partida de Moisés a Madián después de asesinar al egipcio? ¿O es su partida como líder de los hebreos en el mismo Éxodo? Es probable que el autor tenga esto último en mente, porque la huida de Moisés a Madián fue motivada precisamente porque temía la ira del rey, como se puede leer en Éxodo capítulo 2, versículos 14 y 15.

Sin embargo, también es cierto que los judíos del Período del Segundo Templo reescribieron la historia de Moisés en ese momento, tanto exculpándolo del asesinato como eliminando la cobardía como motivo de su huida. El historiador del siglo I Flavio Josefo escribe, por ejemplo, que fue más bien el Faraón quien temió a Moisés y trató de asesinarlo. La partida de Moisés, por lo tanto, se convierte simplemente en el acto de una persona sabia que piensa en preservar su vida, y la huida se convierte en una ocasión para que demuestre sabiduría y resistencia.

Artafanus, otro autor judío del Período del Segundo Templo, también cuenta la historia de los celos del Faraón y su intento de asesinato. De hecho, es al asesino a quien Moisés mata, ahora en defensa propia. Por lo tanto, es posible que el autor de Hebreos no asocie naturalmente el miedo con la salida inicial de Moisés de Egipto.

Sin embargo, el punto principal del autor es que Moisés abandonó Egipto, tal como Abraham abandonó su tierra natal y los destinatarios abandonaron su lugar en la sociedad. El intento de decidir si se trataba de la huida a Madián o del éxodo en sí es secundario al énfasis del propio autor, y su propia falta de claridad en este punto puede mostrar su falta de interés en ser preciso. El enfoque del ojo interior de Moisés aquí también es muy importante.

El autor dice que Moisés perseveró como quien ve lo invisible, quizá refiriéndose específicamente al Dios invisible. Esto fue lo que le permitió a Moisés tomar las decisiones correctas y soportar las dificultades que esas decisiones implicaban. El ejemplo de Moisés también desafía a los destinatarios a fijar sus ojos en lo invisible y a seguir inquebrantablemente su camino hacia el reino inquebrantable.

El autor continúa considerando el ejemplo de Moisés y pasa de su ejemplo de confianza directamente a la confianza en Dios mostrada por el pueblo de Israel en el éxodo y en la conquista, concluyendo con el notable ejemplo de Rahab, la extranjera que reconoció el designio de Dios para su pueblo y sus enemigos y actuó sabiamente a la luz del juicio venidero sobre Jericó. Por la fe, Moisés celebró la Pascua y la aspersión de la sangre para que el destructor no matara a sus primogénitos. Por la fe, cruzaron el Mar Rojo como si fuera tierra seca, y cuando los egipcios lo intentaron, fueron tragados.

Por la fe, los muros de Jericó cayeron después de haber estado rodeados durante siete días. Por la fe, Rahab, la prostituta, no fue destruida junto con los desobedientes, ya que había acogido a los espías en paz. El autor comienza aquí

pensando en la cena pascual como una celebración anticipada de una emancipación prometida por Dios pero que aún no se ha hecho realidad en la esfera terrena por la aquiescencia del Faraón.

Así, incluso la cena de Pascua es otro ejemplo de la orientación de la fe hacia el futuro, que celebra ahora lo que Dios todavía tiene que hacer o lo que Dios ha prometido hacer. La aspersión de la sangre, una referencia a Éxodo 12, versículos 7, 13 y 21 al 23, fue un acto destinado a proteger a los primogénitos del destructor, el ángel de la muerte, que todavía tiene que abrirse paso a través de Egipto azotando tan completamente a Faraón que este finalmente liberaría al primogénito de Dios, Israel. Tanto la cena de Pascua como la aspersión de la sangre sobre los postes de las puertas de los israelitas se hacen con confianza o con fe, porque ambas pertenecen al cumplimiento futuro de las promesas de Dios.

Su ejemplo habla otra vez con claridad a los oyentes, a quienes el autor quiere convencer firmemente de que las futuras acciones de Dios en su favor y las futuras acciones de Dios contra los impíos mostrarán que su conducta fue la correcta. En el cruce del Mar Rojo, un acontecimiento relatado en Éxodo 14:21 a 31, encontramos otro acto extremo de fe. Caminar entre dos muros de agua es, por supuesto, un acto supremo de confianza, ya que los hebreos ponen sus vidas completamente en manos de Dios.

Quizás sea en el Mar Rojo donde se manifiesta más claramente la sabiduría de la elección de compañía de Moisés. En ese día se reivindica el valor de pertenecer al pueblo de Dios. El Mar Rojo se convierte en una especie de prototipo del juicio escatológico junto con el diluvio en Hebreos 11:7. Cruzar con éxito el Mar Rojo o ser sumergido por él prefigura ese día final del juicio que a la vez anuncia la salvación para los fieles y la destrucción para aquellos que no han echado su suerte con el pueblo de Dios.

Al pasar del relato del Éxodo al de la conquista, el autor se fija en la demostración de confianza que se mostró en Jericó, haciendo referencia al relato de Josué 6, donde Dios dio instrucciones y la seguridad de que los muros de la fortificación de la ciudad caerían por un medio muy poco convencional. Confiando en la promesa de Dios, las tropas de Josué pasaron siete días marchando alrededor de la ciudad, un verdadero ejercicio de estupidez a los ojos del incrédulo. Sin embargo, la persona que confía en las promesas de Dios obedece a Dios y honra sus mandatos, incluso si el sentido común dice que esa no es forma de ganar una batalla.

Dentro de los muros de Jericó, Rahab se dio cuenta de que su supervivencia no dependía de las fortificaciones de una ciudad terrenal, sino de la colaboración con el pueblo de Dios. Cuando los espías hebreos se infiltraron en la ciudad para reunir información, Rahab los recibió en su apartamento. Su historia nos lleva unos pasos atrás en la narración hasta el capítulo 2 de Josué. Allí, Rahab hizo una sorprendente

confesión de fe en la promesa de Dios de darles a los hebreos la tierra de Canaán, y en base a esa promesa decidió convertirse en traidora a su ciudad natal, brindando hospitalidad y refugio a los representantes del pueblo de Dios y esforzándose por mantenerlos a salvo y ayudarlos a escapar del peligro cuando se detectó su presencia en la ciudad.

Al unirse de esta manera al pueblo de Dios, sólo su familia se salva de la destrucción que se producirá con la caída de Jericó. El ejemplo de Rahab en Jericó refuerza la idea de que toda ciudad terrenal es inestable e impermanente. Al igual que Jericó, pueden caer por la palabra de Dios sin que se arroje una sola piedra.

Las ciudades mundanas no tienen fundamentos definitivos, y la acción más sabia que uno puede tomar es buscar la paz con Dios uniéndose al pueblo de Dios para así escapar de la destrucción que caerá sobre los desobedientes.